

AL COLEGIO, AL COLEGIO

Un equipo de colegiala cuesta casi tanto como el de una novia

El atuendo del niño se soluciona con unos pantalones viejos de papá

EL colegio—según afirman los papás—es el gran descubrimiento de los siglos.

Pasarán muchos años antes de que el hombre encuentre algo tan hermoso y tranquilizador como es un colegio—aseguran ¡claro! otros papás.

—¡Huy!, nos hemos quedado en la gloria desde que los niños han vuelto al colegio (ahora, la que había es una mamá). La casa está tranquila, los cristales viven pacíficos, no se oyen gritos, ¡en fin!, la paz reina de nuevo en el hogar.

Porque, según se dice, el verano es para descansar. Si, cierto, los niños disfrutan, ¡ah! pero los papás NO. Durante tres meses soportaron resignados las manías futbolísticas de los hijos, las novelas del F. B. I. y el Oeste puestas en realidad y las carreras pedestres a través del pasillo de cera recién lustrada.

Al fin, llega el invierno y con él, el colegio. La familia suspira aliviada.

—¡Ya era hora! Por eso, apenas la criatura cumple los cuatro años y empieza a dar señales de movilidad e intranquilidad, el padre dicta sentencia:

—Este año, el niño va al colegio.

—¡Y al colegio, que no respeta edades ni sexos!

LO QUE CUESTA LA TRANQUILIDAD

Esa paz hogareña no se consigue fácilmente. Los padres han de vivir a cambio horas difíciles. Primero, la elección del colegio; después la espera por la plaza libre, el examen de prueba y luego ya... todo consiste en pagar.

Llegado este momento, el padre descubre el dinero que cuesta que el niño no rompa los muebles de la casa y aprenda al mismo tiempo quien fué Cristóbal Colón. Hace cuentas y averigua que cada palote del muchacho le supone un duro al mes.

El elegir el centro docente ideal donde el niño averigüe todo eso de los decimales, quebrados y batallas de Carlos I, es tarea complicada.

Los papás del futuro colegial nunca estarán de acuerdo. (Bueno, esto, desde luego, no es extraño. Sucede a menudo.)

—Yo prefiero para la niña un colegio de monjas—dice ella.

—¡Nada de eso!

Y el matrimonio se enzarza en una divertida discusión sobre las matemáticas, los hábitos y la reválida. Al final, el niño o la niña acaban yendo al colegio de la esquina.

Las señoras, mientras hacen punto de media, entre vuelta y vuelta del derecho y del revés, hablan de colegios y de sistemas pedagógicos:

—Me han dicho que hay un colegio en el que enseñan "ballet" a las niñas—asegura una de ellas.

—¡Valiente enseñanza! ¡De película! Luego las criaturas saldrán con afecciones de artista—comenta otra.

—Pues no es tan mala idea. El "ballet" es muy bueno para la salud—protesta una tercera.

Las opiniones siguen. Nadie está de acuerdo.

—Yo prefiero un colegio para niños y otro para niñas.



Hay que reconocer que las niñas están muy monas con sus vestiditos de colegialas

—Nada de curas... Profesores corrientes.

—Chicas y chicos en la misma clase.

—Idiomas, idiomas, es lo práctico.

EL EQUIPO Y SUS PRECIOS

A las niñas, lo único que les importa del colegio es el uniforme nuevo. ¡La eterna vanidad

de la mujer qué pronto aparece! dis que mañana, sin el uniforme.

—Mamá, que dice sor Gertrudis, no puedo ir a clase—dice la niña un día, al volver del colegio.

La mamá se echa las manos a la cabeza, porque resulta que el equipo de una colegiala es casi tan caro como el de una novia: abrigo, delantales, uniformes, chaquetas, zapatos, sombrero, medias, ropa interior...

La mamá, paciente, saca su cuaderno de ama de casa, su pluma, el catálogo que le dió sor Gertrudis y empieza, resignadamente, a leer y a sumar:

—Vamos a ver—dice—. Aquí pone... abrigo: talla cuatro, trescientas ochenta pesetas; talla dieciséis, setecientas o no... ¡Qué horror! Menos mal que mi niña es pequeña.

Después, sigue leyendo: —Pasemos a los delantales...

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 8 DE OCTUBRE DE 1955

Talla cuatro, ciento diez pesetas; talla dieciséis, doscientas veintinueve.

La mamá bendice una vez más el tamaño chico de su hija y prosigue la lectura:

—Uniformes tableados: talla cuatro, doscientas noventa; talla dieciséis, quinientos treinta. Todo esto suma setecientas ochenta pesetas y aún me falta el sombrero, unas cincuenta pesetas; los calcetines, dos pares, a doce con diez par; los pañuelos, una docena, a cinco pesetas cada uno; los guantes, dieciséis con cincuenta. Total, ciento cincuenta con setenta, más las setecientas ochenta de antes... novecientas treinta con setenta.

Si la niña va a un Internado, los gastos se multiplican de modo alarmante. Hay que añadir entonces un par de juegos de ropa interior: 120 la talla pequeña y 180 la grande. Un albornoz, 135 ó 204 pesetas, según tamaño. Una bata de lana de los Pirineos, desde 197 a 408 pesetas. El colchón, las sábanas, las mantas... Incluso los pañuelos para las colegiales Internas son más caros: 8 pesetas cada uno, porque resultan un poco mayores que los de las externas.

Después, después... lápices, libros y matriculas.

Por último, la niña dice que las monjas quieren, además, un uniforme para la clase de gimnasia, otro para gran gala y un velo largo de organdi para la capilla.

EL EQUIPO DEL NIÑO Y LAS EXTRAÑAS CUENTAS

El problema del niño tiene siempre mejor remedio: unos pantalones del papá, convenientemente arreglados, dan resultados magníficos para revolcarse por el patio del colegio a la hora del recreo y para zurrarse con los compañeros en la primera ocasión que se presente. Si falla esta solución paterna se puede elegir una segunda: la compra de un retal de pana, que es tejido fuerte, barato y de grandes resultados. Eso, por lo menos, es lo que dicen:

—¡Duras más que un pantalón de pana!

Aparte de esto, el padre dedicará todos los meses un par de horas a descifrar el recibo del colegio del niño.

—Mira—dice a su mujer—,

aquí pone: "Efectos escolares, cuarenta pesetas." ¿Qué es eso? —pregunta.

—Pues no sé—responde ella—, quizá la tiza o la tinta.

—La verdad, no sabía que fueran tan caras.

El padre se empeña en que el niño le explique en qué consisten eso de los efectos escolares. El muchacho tampoco lo sabe.

—Oye, ¿y esto otro?—sigue averiguando: "Por reserva de plaza, ciento cincuenta pesetas."

—Si, hombre—aclara la mujer—. Gracias a esas ciento cincuenta pesetas, el niño puede ir al colegio este año. ¿No recuerdas que fui a pedir al director que me guardase la plaza?

—¡Ah! Al mes siguiente, la niña pide un duro para hacer un regalo al profesor de dibujo. Al otro es el niño, que pide tres duros para una tómbola. Y al otro, el recibo marca 50 pesetas más, por calefacción.

El padre calla, se asombra y... paga.

LOS "TESTS", ENSEÑANZA MODERNA

Los tiempos han cambiado, y muchas madres no entienden esto de la nueva pedagogía.

—Vamos, hombre, que esto no está bien—protesta una señora, apurada—. A mi niño le ponen para casa unos deberes rarísimos. Una serie de preguntas que no tienen pies ni cabeza.

Al día siguiente va al colegio a protestar, y una señorita le explica que esas preguntas son... —"Tests". Si, señora, "Tests" para conocer la capacidad intelectual de su hijo.

—Miren, pues yo preferiría que le pusiera cuantas y muestras para que aprendiera a escribir bien.

—Todo llegará, señora. Pero la señora sigue protestando.

—Que no, que no estoy conforme con estos métodos! Yo recuerdo que en mis tiempos, a los niños malos se les castigaba cara a la pared. Ahora ya no se lleva esto. Los profesores aseguran que el castigo mejor es el moral. Y yo no sé qué galimatías les dicen; el caso es que el chiquillo vuelve a casa triste, después de haber hecho una barrabasada... y esto no es sano...

María Pura RAMOS



Aquí hay de todo: La que lo toma muy en serio, hasta la que arruga el hoculquito para no reírse



¿Qué estarán escribiendo las niñas? ¿Un "deber" de aritmética? ¿O la historia de Blanca Nieves?

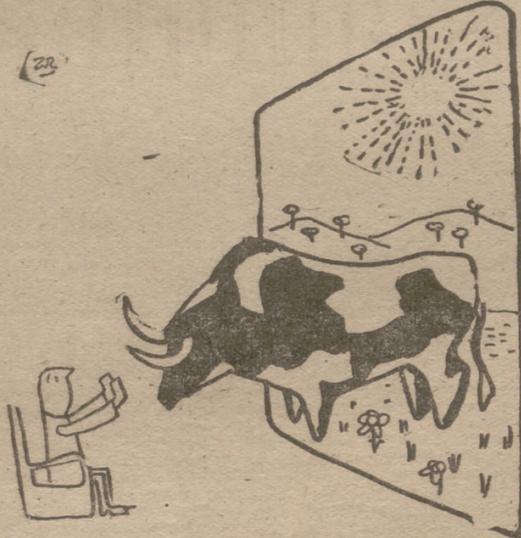
LOS GRANDES INVENTOS

EL CINE

Antes de inventarse el cine, la gente se pasaba la tarde paseando por ahí... La gente recorría las esquinas en las cuales solían producirse los crímenes pasionales, los portales en los cuales se acostumbraba a abandonar niños, los jardines en los cuales tenían los novios el hábito de mirarse a los ojos, las estaciones de ferrocarril en las cuales habitualmente entraban y salían trenes...

De esta afición de la gente a ver la vida debió partir el inventor del cine para poner en el mundo su invento. El hombre supuso que a la gente le haría mucha ilusión ver todas estas cosas sentadita en una silla, comiendo patatas fritas y teniendo entre sus manos la de una señorita mona. Y no se equivocó. Ahí, en las taquillas, está la prueba.

Naturalmente, el cine no fué desde el principio tan perfecto como la vida misma. En las primeras películas todo era elemental: en una se veía un crimen, en otra se veía cómo era abandonada una tierna criaturita, en esta se contemplaba a un par de enamorados mirándose a los ojos, y en aquella se contemplaba la salida o la entrada de un tren en una estación.



A fuerza de talento y de dólares se consiguió, al fin, que todas estas cosas y muchas más se vieran en la misma cinta. Una vez conseguido esto, fué fácil para el cine acercarse aún más a la vida misma. Y así, un día todas esas cosas empezaron a hacer los ruidos que hace la vida, y otro se logró que todas esas cosas tuvieran casi los mismos colores que suelen tener en la realidad.

De aquí al cinemascopio no había más que un paso. Y se dió. Hoy usted puede ver desde su silla, mientras come su patata fría y sujeta entre sus manos la de una señorita mona, cómo se comete un crimen pasional, cómo se abandona un niño, cómo se miran a los ojos los novios y cómo entra o sale un tren de la estación, pero todo en doble ancho.

No es aventurado suponer que los actuales balbuceos del cine en relieve cristalicen en una perfección de aúpa el día menos pensado. Entonces usted y yo, sentaditos en nuestra sillita, etc., etc., tendremos la satisfacción de ver las cosas que veían nuestros antepasados mientras paseaban con la misma exactitud que las vieron ellos.

Si algún día se exprime un poco el cerebro, usted y yo podremos además ir de excursión sin movernos de nuestra silla, respirar el aire puro, tomar el sol, ser corneados por ese toro que siempre hay en el campo esperando a los excursionistas, sentir los picotazos de las moscas y descubrir que nos hemos dejado en casa el abrelatas.

¡Demonios con el progreso!
¡Si nuestros antepasados levantaran las cabezas!

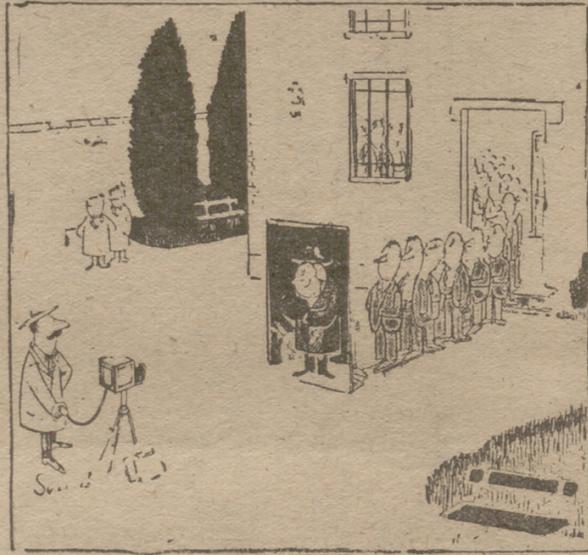
Rafael AZCONA



—Un poco de música para la mesa cinco, Ludovico...



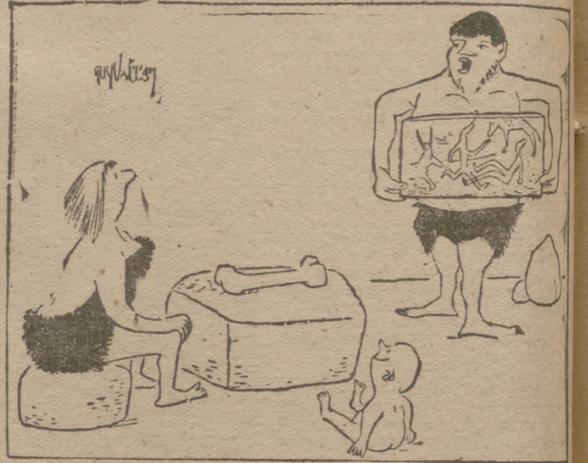
—Mi marido está tan acostumbrado a ir al médico que en seguida enseña la lengua y se desnuda en cuanto le preguntan cómo se encuentra.



En el manicomio.



—Pero ¡si no tiene cuerdas el violín!
—No importa. Es completamente sordo.



—Levanta al niño, que voy a ponerle debajo este almohadón.



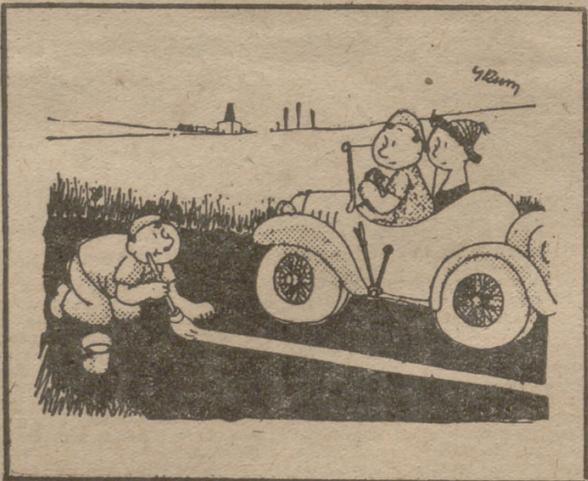
—¿Ves lo que sucede, María, por no limpiar todos los días debajo de las camas?



—¿No crees, querida, que va siendo hora de comprar otro espejo?



Sin palabras.



—¿A Burgos? Síganme, para allá voy yo.



—Por favor, deja en paz los escaparates... Ya llegamos tarde.



—¡De prisa, dele una copa de coñac... y añádala a la factura!



Paralelismo.

SEIS MESES DE VIDA LATENTE EN LAS ORILLAS DEL MAR MENOR

La pesca en las encañizadas se parece a un apartado en los corrales de las Plazas de Toros

375 PESETAS POR UN KILO DE HUEVAS

En las noches de calma y sin luna, el Mar Menor se parece a un enorme lago de tinta donde se reflejan las estrellas y el faro de Cabo de Palos. En medio del silencio y de la quietud se oye a veces saltar a algún pez sobre la superficie de las aguas. Un mar sin olor, sin mareas y sin gaviotas. Sentado cómodamente a la orilla, yo me encontraba aún más lejos del ajeteo de Madrid que la distancia que señalaban los kilómetros que en realidad me separaban de él. Me hallaba en un poblado de pescadores conocido por Los Nietos, donde no hay Ayuntamiento, ni servicios de luz, de aguas, ni de teléfono. Para llegar hasta allí tuve que recorrer varios caminos llenos de bahches y de polvo, sin cunetas, que los naturales llaman carreteras, quizá por la fuerza de la costumbre.

Estaba rodeado de una vida totalmente distinta a la que había llevado hasta entonces. Las relaciones sociales, se podían sostener en pijama tranquilamente. Ya me anunció esto un compañero de viaje mientras rodaba el tren camino de la costa, aunque yo me resistí a creerlo. Sólo para asistir a las fiestas nocturnas del Club Náutico había que vestirse decentemente, y en algunas ocasiones hasta con trajes de etiqueta. Pero asistir a las fiestas del Náutico era un asunto totalmente voluntario. Baños de cabras recorran las calles a primeras horas de la mañana para ordeñar la leche a la puerta del cliente, al que daban la medida con espuma y todo. Por aquellos parajes había más tracoma que en Marruecos entre los moros.

EL DIOS NEPTUNO

Desde la mañana a la noche, el Mar Menor era una especie de divinidad mitológica para los veraneantes. Dejaban de contemplar para meterse entre sus aguas intensamente salobres, a las que algunos conceden propiedades curativas para las enfermedades nerviosas y musculares. El Mar Menor inspiraba el trans-

curso diario de la vida a los que vivían en sus orillas. Su única preocupación eran los cambios procedentes de los vientos. El Le-

vante traía aire fresco, pero agitaba la superficie del mar, donde se formaba un oleaje que para el Mediterráneo sólo habría sido una

marejada. Otro viento dominante era el Leveche, el del Sur.

Un Levante no suele durar en el Mar Menor durante el verano más de tres o cuatro días, pero en una ocasión ya llevábamos ocho o diez. Entonces le pregunté a un pescador:

—¿Cuándo calmará el temporal?

Había que decir temporal aunque no se viese una nube en el cielo y la temperatura fuese deliciosa.

El pescador miró al cielo con esa mirada un tanto vaga, pero escudriñadora y penetrante también, y respondió:

—No cambiará el tiempo hasta que llueva.

Al cabo de otros cuatro días llovió y cesó el Levante.

INMENSO CRIADERO DE PECES

Algunos días fui a primeras horas de la mañana a la lonja, a la pescadería, para ver la llegada del pescado y su subasta. Esta se hacía por la puja a la llana. El Mar Menor no es sólo un lugar de recreo, surcado por arosos baidros, que para regatas cambian la vela "Marconi" por la vela latina, como la que llevan todos los barcos de pesca que escarban las entrañas de aquellas aguas. El Mar Menor es también una fuente de riqueza: se le puede considerar como un criadero de peces, con una profundidad máxima de siete metros entre la isla Perdiguera y la isla del Barón, como se la conoce popularmente. Allí hay mujol en todas sus distintas variedades, magre, langostinos, doradas, chapas, anguilas, lenguados y sardinas. De todo eso se recogen enormes cantidades durante la temporada que va desde San Pedro hasta finales de diciembre. Entre diciembre y finales de junio no se ve un pez.

LOS HUEVOS DE MUJOL SON UN TESORO

Recién cogido, el pescado se pagaba por allí más caro que en Madrid. Una mañana vi pagar en

la pescadería 375 pesetas por un kilo de huevos de mujol. Picado en la curiosidad los he comido después, y no me pareció un bocado tan exquisito como hacía presumir el precio a que se cotizaba.

Al desaparecer los peces, la gente que vive de su captura debe pasar por un período de vida latente. En ese tiempo consumirán las reservas que extrajeron a los veraneantes, como hacía un tal "Vilaminas", que en el verano abandonaba su trabajo en las minas para hacerse vendedor ambulante de bollería. Llegaba a Los Nietos desde un pueblo próximo dos veces al día con dos grandes cestas al brazo. Era un vulgar intermediario, pues la mercancía se la compraba a un primo suyo que tenía horno. "Vilaminas" era un hombre simpático y locuaz. Me contó sus aventuras cuando estaba en la "mill", y me dijo que el año anterior había tenido, entre los dos meses de la temporada veraniega, un beneficio de 15.000 pesetas. No está mal, ¿verdad?

SISTEMA DE PESCA

La pesca se hace en el Mar Menor por dos procedimientos. Cuando hay Levante rebosan de pescado las encañizadas; en cambio, en las noches de calma y a la mañana siguiente, las que salen rebosando son las redes de los pescadores de bajura, que emplean el sistema de trasmallo o el de arrastre.

Entre el Mar Menor y el Mar Mayor, como llaman por allí al Mediterráneo, hay cuatro comunicaciones. Sólo una de ellas es natural. De las cuatro tiene la llave un hombre que domina, por consiguiente, toda la pesca en el Mar Menor. Sus dominios llegan a estar delimitados por unas boyas que señalan aguas jurisdiccionales sobre la costa de la lengua de tierra que forma la separación entre los dos mares. Se trata de una medida, al parecer, para no ahuyentar los peces que se dirigen hacia las encañizadas.

LAS ENCAÑIZADAS

Cuando visité una de éstas, la mayor, la que cierra el paso por la entrada natural a través de la lengua de tierra, tuve la misma impresión que si me hallase en los corrales de una Plaza de Toros presenciando un apartado. Una barrera de cañas entrecru-

das, con la separación de un dedo entre cada dos de ellas, cierra el paso entre un mar y otro. La pequeña separación entre las cañas permite el paso de las orías de peces desde el Mediterráneo hacia el Mar Menor. Allí crecen en medio de la tranquilidad, pero también quedan aprisionados, porque cuando, ya grandes, quieren volver al mar abierto, se lo impiden las encañizadas.

CAMINO DE LA TRAMPA

Los peces van siempre en contra de las corrientes, y ésta es la razón de que, cuando hay Levante y aumenta la intensidad de la corriente que entra del Mediterráneo hacia el Mar Menor, van los peces, canalizados por las aguas más frías, a meterse dentro de las trampas que los tienen preparados para su captura. Consisten en una especie de corralitos también de cañas entrecruzadas, dispuestos en forma de laberintos, adosados y enlazados en la parte del Mar Menor a la barrera general, que corta la comunicación directa con el Mediterráneo.

A la barrera general la llaman travesía, y a los corralitos, embustes, paranza de corral y paranza grande. Detenidos en su camino hacia el mar abierto por la travesía, los peces se van metiendo en los corralitos, y de allí se los recoge sobre unas planchas con un salabardo. Resulta un espectáculo sugestivo ver los saltos enormes que dan los mujoles en sus desesperados intentos por traspasar la encañizada en busca de la libertad que les espera en el mar abierto.

MUCHEDUMBRE ABIGARRADA

Este espectáculo no lo pueden presenciar todas las personas que se acercan a la orilla del Mar Menor. Muchas de ellas se trasladan los días festivos desde Murcia o desde cualquier otro punto del interior, pero cercano a la costa, empleando cualquier medio de transporte. Van hasta en carros de mulas. Cuando se esparcen a lo largo de la orilla del mar, entre los carros y los colorines de los toldos que montan para pasar el día, dan la impresión, vistos desde lejos, de que se trata de una tribu de gitanos. Pero son veraneantes acordes.

Ignacio ARROYO



Reparación de las redes



Pesca en las encañizadas



Esta chica sabe lo que se pesca

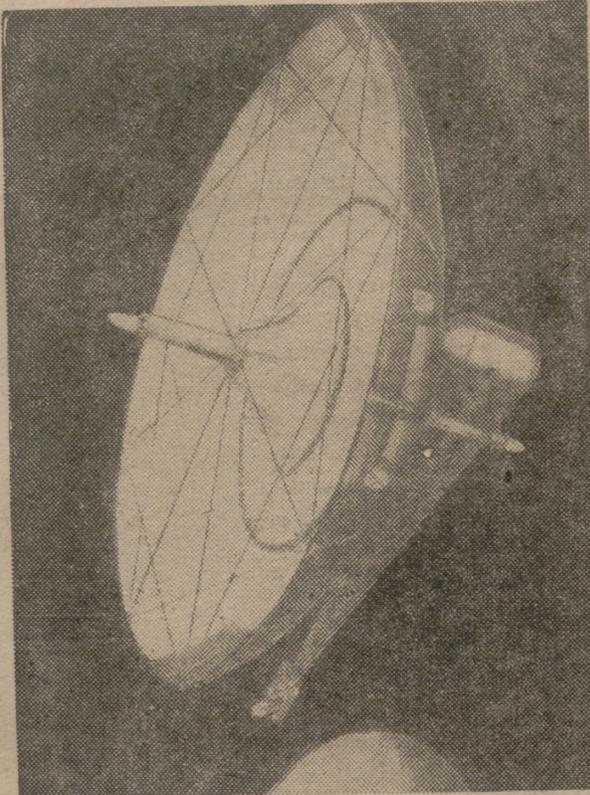
SATELITES ARTIFICIALES EN EL PROXIMO AÑO GEOFISICO

Sabios del mundo entero escudriñarán la ionosfera

BRUSELAS SERA EL CUARTEL GENERAL de estos científicos

CADENAS DE OBSERVATORIOS A LO LARGO DE TRES MERIDIANOS

La mayoría de los estudios sobre el mar y la atmósfera se realizan en la Antártida, el mayor y más inexplorado de los continentes terrestres, desde donde se calculan las posibilidades que los altos espacios ofrecen para ciertas tareas de la paz y de la guerra



Un satélite artificial, de cien metros de diámetro y un peso de unas dos mil toneladas. Llevará una dotación de veinticuatro hombres y realizará emisiones de radio y televisión para toda la Tierra.

de 1957 hasta diciembre de 1958. En este año geofísico internacional los sabios escudriñarán en el sol, en la luna y en las estrellas. Hasta el débil parpadeo de éstas es investigado y analizado por los hombres de ciencia.

El I G I va a recoger y a utilizar los esfuerzos de dos ciclos de estudios internacionales, destinados a la Tierra, y que dedicaron especial atención al Polo Ártico. El primero de estos ciclos tuvo lugar de 1882 a 1883, y el segundo, cincuenta años después.

En el primero se observaron las temperaturas del Ártico, se registraron los cambios magnéticos y se estudiaron la aurora y

los cambios polares. En el que podemos llamar segundo año polar se obtuvieron nuevos datos, principalmente referidos a la atmósfera en las altas capas. Estos últimos estudios se hicieron mediante unos globo-sonda, instrumentos que señalan sus descubrimientos e inmediatamente los retransmiten a la Tierra por radio.

Otro de los avances de la ciencia fue la exploración de la ionosfera por medio de la radio. La ionosfera es la región alta de la atmósfera que no es permeable a las ondas cortas. Esta exploración la realizó una expedición británica mandada por sir Edward Appleton.

En 1950, un distinguido científico americano, Lloyd Berkner, propuso un tercer año polar para 1957-58. Esta propuesta fue favorablemente acogida por varias organizaciones internacionales científicas y acordada por el Consejo Internacional. Bajo estos auspicios, obtenidas las ayudas financieras y aprobado el plan por la U. N. E. S. S. O., se preparó el plan de estudios.

Las naciones fueron invitadas a unirse todas en la empresa, costando cada una su participación. La acogida que obtuvo el plan de estudios fue entusiasta, y los principales países se dispusieron a cooperar.

LOS COHETES, ELEMENTOS AUXILIARES

Entre los descubrimientos que se hicieron a partir de 1933 figura el de los cohetes, o, mejor dicho, se registra un gran avance en su técnica. Los científicos americanos los habían utilizado con frecuencia y habían conseguido lanzarlos hasta 2.000 millas de altura. Los estudios en este sentido se intensificaron en Norteamérica con la ayuda de los organismos oficiales, y la Casa Blanca ha podido anunciar que en el próximo I G I los satélites se utilizarán como valiosos instrumentos de estudio. Por su parte, los técnicos ingleses estudian los viajes interplanetarios y el lanzamiento de grandes satélites podría ser el primer paso para estos descubrimientos.

Aún es aventurado afirmar cuáles serán los resultados que se obtendrán en el próximo año geofísico internacional. Pero en los satélites se tiene una gran esperanza como elementos de in-

vestigación. Se pretende incluso lanzar estos artefactos para que den la vuelta a la Tierra y luego regresen con las observaciones registradas para su estudio.

LA IDEA DE LA GUERRA

Estos estudios no preocupan solamente a los hombres de ciencia. También los políticos están muy interesados en ellos, porque consideran a la atmósfera como una eficaz ayuda para la guerra. De momento, el sol, las estrellas y los rayos cósmicos van a ser los inmediatos objetivos de estudio.

Los cohetes antiguos han ayudado mucho en estas investigaciones; pero se espera aún más de los satélites. Estos pueden inspeccionar incluso el campo de la ionosfera. Además, estos satélites ascienden y descienden más lentamente, lo que les permite registrar con más exactitud todos los fenómenos. La atmósfera puede ahora ser observada más extensamente por cadenas de estaciones a lo largo de tres meridianos.

GRANDES ALTURAS

El principal objetivo de estos estudios parece ser que es la atmósfera a grandes alturas. Entre otros motivos, este estudio tiene gran interés para los viajes aéreos. Los científicos de la radio emplean sus amplios conocimientos no sólo para determinar las propiedades eléctricas de la ionosfera por medio de rayos verticales, sino que también dedicarán su atención en busca de resultados positivos a las fluctuaciones de las ondas naturales de la radio que atraviesan nuestra atmósfera después del largo viaje desde las regiones más distantes del universo. Estudiarán los vientos y las capas altas para observar los movimientos eléctricos de la ionosfera, e igualmente la significación de las ondas de radar al chocar con las colas ionizadas de las estrellas fugaces cuando se mueven en el aire. La aurora, en sus fases imperceptibles, será observada por el radar.

El I G I estudiará también los océanos. El mar absorbe el calor del sol, causando la evaporación, por la que empieza el gran ciclo de la lluvia, del que viven pendientes la agricultura y la ganadería. Las corrientes oceánicas, como, por ejemplo, la del Gulf Stream, transportan el calor a grandes distancias, influyendo en el clima. Estas corrientes parece ser que tienen gran influencia en los cambios biológicos y en las costumbres de los pueblos. Muchas expediciones oceanográficas han engrandecido el conocimiento del mar y de las mareas y se han podido hacer observaciones magnéticas en grandes regiones.

La mayoría de estas observaciones se realizan en el continente antártico, la región mayor y menos explorada del globo terrestre. Incluso se utilizan superficies de experimentación para determinar la clase de hielo en las diferentes capas.

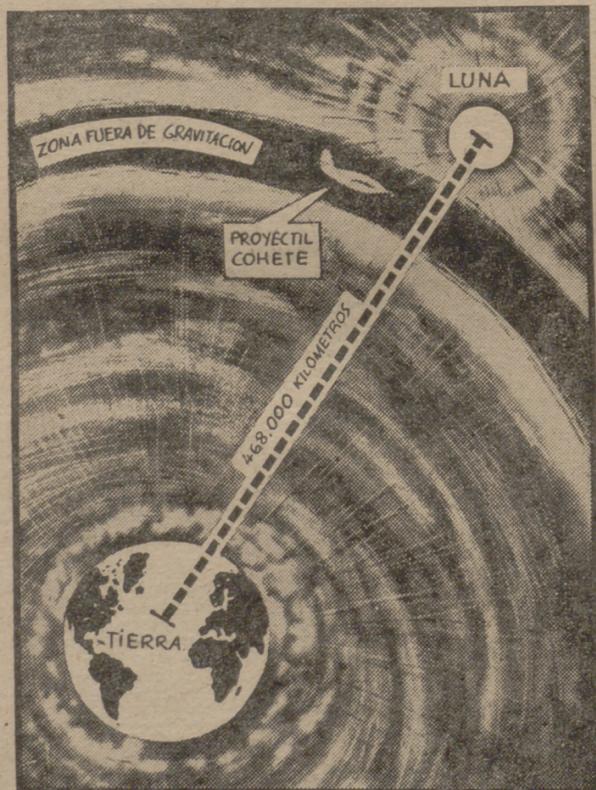
Los astrónomos tienen una misión muy importante en el I G I. Han de medir las distancias entre los continentes con toda exactitud. Tienen que realizarlo comparando algunas estrellas determinadas, usando señales de radio que atraviesan el océano e intentan lograr nuevos medios para fotografiar la luna.

RAYOS COSMICOS

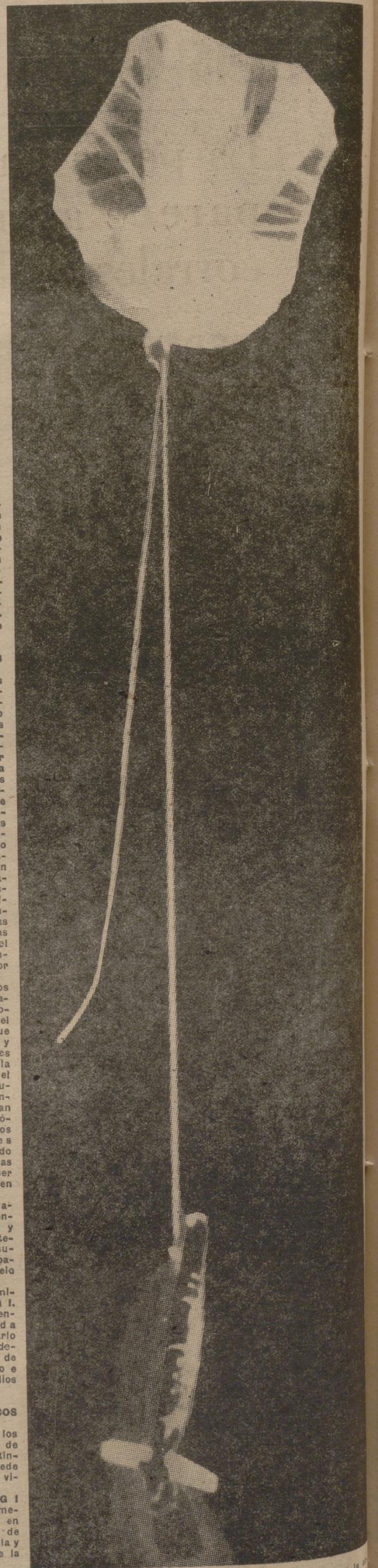
Otro tema de estudio son los rayos cósmicos. La atracción de la tierra (gravedad) en distintos lugares, y todo cuanto puede influir en las condiciones de vida de nuestro planeta.

El cuartel general del I G I radicará en Bruselas. La primera reunión se ha celebrado en septiembre. Representaciones de todos los países asistieron a ella y se establecieron las bases de la organización.

Los sabios del mundo entero esperan a que el sol alcance el punto alto de su ciclo para que los estudios comiencen.



He aquí una concepción, imaginada dentro de la fantasía de un artista, del "proyectil cohete", que ha sido denominado por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos como "proyectado vehículo satélite de la Tierra".



Un globo sonda descendiendo después de una excursión por la atmósfera, con importantes observaciones registradas en sus aparatos

JACQUES Y GENEVIEVE FATH, PRINCIPES DE LA ELEGANCIA

París ha consagrado a una nueva creadora de modas



EN LA CUEVA DE ALI-BABA REINA UNA MUJER

"Se lo llevó el Señor a
VESTIR A SUS ANGELES"

DURANTE cinco horas, que le resultaron interminables, sus diez maniqués fueron descubriendo poco a poco los secretos de la nueva moda. Recogida en el refugio inviolable de su saloncito particular, Genevieve Fath esperaba ansiosamente. Entre sus dedos aprieta nerviosa la cruz de oro que su marido, Jacques Fath, llevó siempre alrededor del cuello.

Entretanto, en el salón gris perla de la calle de Pierre-Jer-de-Serbie, una mujer —Elena Gordon-Lazareff—, con cinco millones de lectores tras de ella, ha dicho: "Esto es maravilloso", que equivale a una palabra mágica: consagración.

El traje de novia... El desfile ha terminado. Graciosamente apoyada en sus dos maniqués favoritos, toda blanca con su traje de

organdí, sale a saludar a la Prensa una Genevieve desconocida. En menos de un año, esta antigua modelo de la casa Fath, una de las mujeres más elegantes del gran mundo desde su boda con el famoso modisto, se ha transformado, de una gran dama un tanto frívola, en una creadora sensacional, capaz de ponerse a la altura del original Dior, el misterioso Balenciaga o el inesperado Givenchy. Entre ellos, la Fath se ha constituido en reina única de las elegancias mundiales.

LA LUCHA DE UNA MUJER DOLORIDA E INTE- LIGENTE

Sólo sus íntimos saben las dificultades que ha tenido que vencer en medio de su dolor esta tenaz e inteligente madame Fath; mejor que nadie sabía ella lo difícil que resultaba mantener la atmósfera de excepción que su marido supo crear en torno a sus colecciones, y nadie sino ella sabe las horas de sufrimiento que han sido precisas para llegar a esta última etapa, en la que en su salón de París ha recibido felicitaciones en todas las lenguas cultas del mundo.

En seis meses, los que ha tardado en preparar esta excepcional colección, Genevieve Fath se ha transformado, de una alumna disciplinada que fué de su marido, en una maestra de consumado buen gusto, capaz de seguir la norma de su casa: "Que siempre el nombre Fath sea sinónimo de un acontecimiento en el mundo de la moda."

MESES DE ESFUERZO

Jacques Fath ocupaba un estudio amplio en el antiguo palacete donde está instalada su casa, rodeado de pequeñas obras de arte y muchos metros de telas, cerca de un admirable retrato de su esposa y su hijo Felipe, y con un tocadiscos, en el que siempre estaba puesta la misma pieza favorita: "Ave María", de Schubert, que hacía sonar en determinados momentos para que su alma descansase de la fatiga constante de la creación.

Esta pieza no ha sido ocupada ahora por su mujer, que trabaja en otra muy cercana, sin más ayudantes que su secretaria y un cuaderno de notas, donde dibuja las ideas nuevas que van acudiendo a su mente. Cerca de ella tiene siempre un pequeño aparato de magnetofón, en el que va dictando órdenes rápidas, que luego se distribuyen a los distintos departamentos de la casa.

—En el modelo 237 hay que emplear los pendientes de espejitos.

—Advertían a la princesa de Rethy que recibí su nota.

—Preparen el terciopelo rojo del modelo 985.



Henry Clarke ha hecho ya noventa y ocho fotografías para el "Vogue", ayudado por su equipo, compuesto de Françoise Bajenow y Stella Jebb, hija del embajador británico, y Mauricio Asistem. Clarke fotografía aquí un modelo de abrigo creación de Givenchy.

LA CUEVA DE ALI-BABA

Cuando la "patrona" trabaja en su caverna de Ali-Babá de la moda femenina, los relojes son prácticamente inútiles. Los últimos días antes del pase de la colección durmió muy pocas horas, y únicamente su magnífico templo de mujer valerosa le mantuvo serena hasta el final. Después ha confesado a sus amigos que estuvo siempre reconfortada por el ejemplo de las semanas finales de la vida de su esposo, mientras preparó aquella última y fabulosa colección que no llegó a ver desfilar por sus salones, aquellos días dolorosos para la casa Fath, en los que el doctor Mallarme no podía separarse de su cliente.

La muerte en accidente de Patriola, su maniquí "vedette", afectó notablemente a Jacques; pero hasta el último momento vivió optimista y esperanzado.

—En cuanto me reponga un poco, nos iremos a la Costa Azul a descansar—decía a su esposa—. Llevaré algunos cuadernos de notas para preparar la próxima colección. Por una vez adelantaré mis programas habituales.

Pero Jacques no llegó a reponearse. La noticia de su muerte cayó como una bomba en la casa de Pierre-Jer-de-Serbie.

—Se lo llevó el Señor a vestir a sus ángeles—dijo ingenuamente una oficiala.

Toda la Prensa mundial se hizo eco del fallecimiento del notable creador y del temple de su esposa, que, consciente de la responsabilidad de una empresa que proporciona trabajo a cientos de empleados, tuvo el temple de ánimo de presentar la colección y, sobreponiéndose a su dolor, seguir la tarea de su esposo hasta culminar con esta primera colección con el sello de Genevieve Fath acaba de hacer sensación en París.



Relo

El traje sastre es, sin duda, el más práctico del ropero de la mujer; puede llevarse casi a todas las horas, y cambiando los complementos pasa fácilmente de sencillo atuendo matutino a elegante traje para ir al teatro. Manolo Ibáñez ha creado para el otoño este elegantísimo modelo, lleno de originalidad y distinción a un tiempo



La casa Fath ha celebrado con una alegre fiesta íntima el éxito de la última colección. En la fotografía, las modelas brindan por madame Genevieve.

DE MUJER A MUJER

Distinguida Nuria María: Me dirijo a usted por vez primera, atraída por su amabilidad al solucionar las consultas que se le hacen.

Hace cosa de dos meses y medio conocí a un chico en el paseo, que se interesó por mí. Me conocía desde hacía tiempo y aprovechó aquí a la ocasión propicia para presentarse. Tiene veintiocho años; yo, veinte. El día que me dijo estaba enamorado de mí me quedé muy confusa y duró tal confusión varios días, pues nunca tuve novio. Empezamos a salir y yo me sentía muy rara. Siempre he sido desconfiadísima con los hombres, y me daba la sensación de que si salía con él cada día y luego regañábamos la que perdía era yo. El me ayudó muchísimo en aquella ocasión, porque noblemente me dijo: "Yo, en tu caso, sólo veo dos soluciones. Que si no ves en mí más que un amigo, dejemos el noviazgo. De lo contrario, para que no te sientas tan confusa, empecémoslo por salir un día a la semana. Haciendo las cosas despacio te saldrán bien". Aquello para mí fué estupendo y empecémoslo a salir una vez por semana. Ha pasado algún tiempo y no sé qué noto en nuestras relaciones. Pude ir a ser él sólo inexpérimente, pero es que a él le ocurre otro tanto. Yo sé que le quiero, y mucho, y estoy deseando verle, que llegue la hora de nuestro encuentro, y sin embargo cuando regreso a casa no estoy satisfecha, como si me faltara algo. El me ha confesado lo que ocurre lo mismo, que anhela estar a mi lado, y después de verme piensa que no hay suficiente ilusión. Pero, Señor, ¿por qué? Vamos con ilusión buscando algo que no logramos encontrar. Pasan los días y es siempre igual. Yo tengo miedo de que esto termine. No quiero, y acabará si no cambia. El tampoco sabe cómo obrar, ni qué pensar, ni qué decidir. Tal vez todo se deba a mi gran desconfianza, que reconozco no tiene motivo, pues no puede haber hombre mejor que éste.

Deseo con toda el alma que usted me comprenda y me ayude. Le que daré eternamente agradecida.

CONTESTACION

Ese miedo exagerado que tiene usted al fracaso puede ser lo que le conduzca a él. Hay que tener confianza en el hombre que se quiere, e incluso en todas las personas en general.

mientras no nos demuestren que son indignas de ella. Precisamente es la fe en la buena intención de las gentes lo que consigue a veces hacerlas buenas, porque no quieren decepcionarnos. Atiéndame, pequeña. Yo creo ver el origen de ese "no sé qué" que palpita entre los dos y ha llegado a obsesionarnos. Se tratan poco, existe en cada uno horas y horas sin su presencia en que forzosamente tienen que dar cabida a otras personas, a diversas amistades. Incluso diversiones que les llenen, para suavizar la espera del encuentro. Les falta compenetración, hacerse necesarios el uno al otro, incluso para respirar. Se despiden el día que se ven faltándose algo, descontentos, inseguros, porque no han podido llenar sus ansias de disfrutar uno de la presencia del otro enteramente, como ocurre cuando se ven a menudo los novios. Amiga mía, en el noviazgo ha de haber algo más que amor, ha de haber amistad, comprensión, afinidad, son ustedes como caminantes en un pequeño desierto en que encuentran fuentes cada siete días y beben, sí, pero al alejarse de cada una y enfrentarse con la sed de los seis días siguientes sienten la sensación de que quedaron sedientos, que no saborearon todo el frescor del remanso de agua que hallaron.

Propóngale a su novio, en adelante, verse todos los días, abandone desconfianzas y crea en él, otórguele su fe en sus rectos principios, intente ser, además de la novia, una buena camarada para él, intérese por su trabajo, por sus proyectos para el futuro, incluso por las cosas al parecer sin más importancia de su vida. Así surgirá la compenetración y se intensificará el cariño y se compenetrarán, que esto han de ser los que se quieren, complementando el uno del otro, continuidad.

CONTESTACION A MICAELITA

Hay tres defectos imperdonables

en la conversación que desgraciadamente tienen algunas personas: la manía de interrumpir a los demás, la de impacientarse si se ven interrumpidos y la pretensión de que no se distraigan los demás mientras ellos les están molestando con temas que no interesan.

Si usted está segura, querida, de que no incurre en ninguna de estas tres faltas, no tema nunca pecar de imprudente en su charla.

Ha sido usted muy amable al comunicarme el buen resultado del tratamiento que le di para sus manos.

CONTESTACION A PERSIL

Tendrá usted que perdonarme si no contesto con exactitud a sus preguntas, pero es que su letra resulta ilegible y no creo haber entendido todo lo que me consulta.

Lo primero de todo, lo que debe hacer es insistir para que sus padres la lleven al médico y la ponga un tratamiento. No le aconsejo empezar a trabajar sin estar curada, porque podría perjudicarla. Una vez restablecida, me parecerá muy bien que se busque un empleo que despeje un poquitin su porvenir.

Cuando un hombre se enamora de verdad, lo prueba de manera que no hay lugar a dudas, y desde luego el hecho de que haya acompañado antes a otras mujeres no significa nada.

Un abrigo suelto resulta, a la larga, más práctico, y la tendencia de la presente temporada parece mostrar preferencia por los mismos. Desde luego, los abrigos entallados seguirán llevándose siempre.

Los zapatos con tacón son mucho más elegantes que los bajos. Cómpreselos de medio tacón para que le resulten más cómodos.

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María. Apartado de Correos 12.141. Madrid.)

Manolo Ibáñez

COSTURAI

PRESENTA SU COLECCION DE OTOÑO-INVIERNO DESDE EL DIA 10 HASTA EL 25 DE OCTUBRE, A LAS CINCO DE LA TARDE

Rigurosa invitación. Solicitenlas en Velázquez, 41, 1.ª F. Madrid.

EL MADAVVER

QUE SIEMPRE HABLO

Por Richard Elmiton

que se hubiese marchado sin que la viera el portero. —Es una posibilidad muy remota. La puerta de mi cuarto estaba abierta y yo no aparté la vista del pasillo. También estoy seguro de que el portero la habría visto. Además, dejó su abrigo en el armario, y no olvidó que desde entonces no he sabido nada más de ella. Finalmente está lo de las varitas Yi King, que estaban colocadas en el dibujo número uno, sobre esta misma mesa.

Sleet se acercó a la mesa y dió sobre ella con el puño.

—Sin embargo, es una posibilidad. —Todo es posible— extendió las manos con ademán de impaciencia—. Si usted hubiese visto las cosas que yo he visto y oído, las cosas que yo he oído...

Me inclinó hacia adelante, interrumpiéndole: —Sinceramente, ¿cree usted en las varitas, Sleet?

El me miró como si yo hubiese perdido la razón. —Naturalmente que creo en ellas. Estoy convencido de que el dibujo número uno, el *Khien*, que es su nombre chino, es la llave para desaparecer en lo desconocido.

—¿Y usted cree que eso es lo que le ha sucedido a Virginia May Roundtree?

—Sí. Ella conocía el Yi King y estaba muy interesada en él. También sabía que yo tenía un juego de varitas, y me importaba continuamente para que le dejara hacer un experimento con ellas. Naturalmente, yo me negué después de lo que le había sucedido a Lurlen. Esto puso a Virginia May muy furiosa. Refinimos por eso, y no la vi durante dos meses. Sin embargo, hace dos semanas me llamó, y me dijo que había encontrado otro juego de varitas y que iba a hacer el experimento. Parecía muy entusiasmada. Le aconsejé que no lo hiciera. Pero ella se rió y me llamó cobarde.

—Espere un momento— dijo—. ¿Recuerda usted exactamente qué día le dijo eso?

—Veamos— Sleet se acercó a la mesa y hojeó un calendario—. Tiene que estar apuntado aquí— dijo—. Sí, aquí está. Anoté su llamada porque le pedí que me comunicase el resultado del experimento. Fue entonces cuando quedé con ella en que vendría el pasado viernes, por la noche, y ella no acudió.

—¿Qué día le llamó?

Sleet volvió a mirar el calendario.

—Hace una semana. Fue el sábado pasado, por la mañana. El sábado 18. Hace hoy diez días.

—Comprendo— murmuré, y me recosté en el sofá.

—¿Es ese el día que desapareció?

—No— dije—. Desapareció el lunes por la mañana, dos días después.

—Entonces la cosa está clara. Tienen que haber sido las varitas. Acababa de conseguir las. Quizá no las probase en seguida, o tal vez no tuviese éxito las dos o tres primeras veces.

—Pero aun así, ella no estaba mirando las varitas cuando desapareció. Iba por la calle.

Sleet desechó impacientemente mi observación.

—Eso no importa. Estas cosas son difíciles de explicar. Su mente quizá no se concentrara del todo durante el experimento, y, en cambio, si su subconsciente. La reacción es posible que se retardase,

y el resultado se produjo de una forma súbita e inesperada.

Sus ojos, tras las gafas, brillaban fanáticamente. De no ser un excelente actor, el hombre parecía sincero.

Yo sentí vacilar mis dudas al recordar los acontecimientos del día y la noche anteriores. Pero moví la cabeza toroamente.

—No lo creó, Sleet. Su desaparición es perfectamente lógica. Tiene que serlo.

—Sí. Y debían de existir otros. Ella debía tener muchos enemigos, tanto hombres como mujeres.

—¿Adónde quiere usted ir a parar, Drake?— la voz de Sleet era brusca.

Yo me volví hacia él.

—Al crimen, Sleet.

—¿Cree usted que Virginia May ha sido asesinada?

—Me gusta mucho más esta suposición que sus tonterías chinas.

—Yo no he dicho que la haya usted matado. No sé ni siquiera que haya sido asesinada. Lo que he dicho es que usted pudo haberla matado porque tal vez tuviera motivos. Acaso haya sido otra persona, incluso el mismo Sleet.

—Sí, sí, eso es posible— una nueva idea se le ocurrió de pronto a Sleet—. ¿Y esa amiga de Virginia May, la que le esperaba en la esquina? Al fin y al cabo, es la única testigo de su desaparición, y es posible que haya mentido.

—Es posible, pero, según ella, hubo otro testigo: el portero que estaba barriendo la acera. El vió a Virginia May por la calle, pero cuando volvió a mirar había desaparecido y su amiga seguía en la esquina.

—Pero usted no ha comprobado eso hablando con el portero.

—No, pero lo comprobaré. Tengo el presentimiento de que confirmará lo que dice esa mujer, y también tengo el presentimiento de que ambos dicen la verdad.

—En este caso, son las varitas Yi King. Estoy seguro.

Sleet se sentó de nuevo tras la mesa y me miró como para decirme que no tenía que darle más vueltas al asunto.

Yo dejé vagar mis ojos por la mesa.

—¿Dice usted que aún tiene el juego de varitas Yi King, Sleet?

—Sí— contestó, con voz preocupada—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque— dije lentamente— me gustaría probarlas yo mismo.

—¿Qué?— Sleet se levantó a medias de su sillón.

—Digo que me gustaría probarlas yo mismo— repetí, sonriendo.

—¡Santo Dios! ¿No querrá...?

—Acabo de decirle que no creo en esas cosas, pero quiero probar. Si hay algo de verdad, quiero comprobarlo.

Una tímida sonrisa se reflejó en los ojos de Sleet.

—Muy bien, señor Drake; pero le advierto que esas cosas pueden ser muy peligrosas. Yo mismo no me atrevería a realizar ese experimento otra vez.

—Yo no soy usted, Sleet, y no creo en fantasmas ni en la cuarta dimensión.

Su sonrisa se volvió sarcástica.

—Quizá cambie usted de opinión si está aún aquí después del experimento.

—Eso es cosa mía— hice una pausa y esperé. Sleet no se movió—. Bueno— dije—, vaya a buscar las varitas.

El miró su reloj de pulsera.

—Lo siento, pero no podemos hacerlo ahora. Tengo una cita importante dentro de media hora, y el experimento puede durar mucho tiempo.

—Muy bien— dije, asintiendo—. Lo haremos después. ¿Qué le parece esta tarde?

El miró su calendario.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)



—Explíquela entonces— dijo con complacencia.

—Muy bien— dije, y me puse en pie—. Esa mujer parecía externamente muy recatada, pero en el fondo era una ninfomaníaca con adicciones a la magia y a la fotografía. Una mujer así puede ser peligrosa. Debía de atraer a los hombres como la miel a las moscas. Pudo enterarse de muchos secretos, y tal vez quiso hacer uso de ellos.

—No le comprendo, Drake— murmuró Sleet secamente.

—¡Chantaje! Debía de saber muchas cosas de hombres, de hombres que usted conoce. De Sydney Scates, por ejemplo.

—¿De Scates?— una expresión de disgusto se reflejó en el rostro de Sleet.

—Pero ¿por quién?— parecía completamente atónito.

Me acerqué más a él y le señalé con el dedo: —Por usted, por ejemplo, Sleet.

—¿Por mí?

—Usted la conocía muy bien, y ella, indudablemente, conocía muchas cosas de usted y de sus particularidades. Es usted un escritor de alguna fama, y eso le hace una figura pública. Ella tenía mucho dinero y no se lo ganaba. Era usted una excelente víctima para el chantaje. Y el chantaje, llevado demasiado lejos, termina con frecuencia en el asesinato.

—No— movió la cabeza vivamente—. No; está usted equivocado.

SALAS ESPECIALES EN LA III BIENAL.

Comenzar por el principio es siempre una necesidad, y como tal raras veces se cumple, y menos en el arte. Por eso nosotros queremos hoy enmendarnos y comenzar nuestra primera crónica sobre la III Bienal por el prólogo que ésta tiene, prólogo obligado y que es la tarjeta de presentación del certamen y hasta su razón de existencia, y, desde luego, su razón de continuidad.

Es en la pintura en donde hasta ahora el signo y seña de la Bienal se marca con mejor entendimiento. Si esto es así es porque la pintura es arte de mayor extensión y participación, y ella puede acoger los reconocimientos, como en el caso Vázquez

Noticia y crítica de ARTE

Díaz, y las revelaciones, como en el caso de Ortega Muñoz. En cambio, la escultura se atiene sólo a los reconocimientos— hasta ahora—, sin que haga revelaciones, y éstas no son debidas —desgraciadamente— por la edad de los concursantes, sino por la nueva ventana que llevan a la pintura y por la esperanza que dejan para que otras pinturas tengan aliento y esperanza.

Dos grandes salas del Palacio de la Ciudadela cobijan la obra de dos artistas de fuerte acento español en su pintura, de verdadera entraña nacional, y los dos se anotan eso tan difícil que es descubrir e inventar: Benjamin Palencia y Ortega Muñoz. Los dos figuran como grandes premios de las Bienales pasadas, y su obra nueva queda expuesta para dar seguridad y firmeza a los acuerdos del Jurado que les otorgó esa distinción y los incorporó a los valores consagrados de la pintura contemporánea. Este acuerdo, buen acuerdo, de exponer en periodos bienales la obra de los que fueron grandes premios con anterioridad revalida el mérito de los premiados —como es el caso actual—, y permite seguir la trayectoria de "n certamen que tiene que marcar el camino auténtico de la pintura hispanoamericana en el mundo, y en donde hasta ahora, con feliz unanimidad de los fallos, los grandes premios han recaído en nombres españoles, y que es posible que este año se cambie de rumbo para fijarse en la obra general y particular de un artista hispanoamericano de reconocida fama.

Palencia presenta 16 nuevos lienzos en sala de honor. Lo hace con la misma intensidad y aspiración con que lo hizo en La Habana, y con igual fervor con que lo hizo en la I Bienal. Palencia sigue conservando el im-

petu y las "ganas" de pintar. Su obra tiene ese buen matiz del entusiasmo que jamás debe abandonar a un artista, y en ella destacan los paisajes, que nos permiten ahorrar palabras cuando en el viaje, para resumir impresiones y sensaciones frente a la tierra y su luz, decimos sencillamente: "Es un Palencia."

El hecho de dar nombre a un conjunto natural, nombre y apellido, es facultad que sirve de definición para afirmar cómo un artista ha logrado comunicar a los demás algo que siendo igual él transforma, purifica e interpreta, ofreciéndonos el regalo de su búsqueda. Y en este caso se encuentra el otro gran premio de la Bienal: Ortega Muñoz. También en las andanzas y en la buena mirada que dejamos caer sobre las piedras, los cielos y los hombres podemos decir: "Es un Ortega Muñoz." Y es sintoma claro la profunda diferencia que se aprecia entre estos dos intérpretes del paisaje español. A Ortega Muñoz le define una pureza zurbaranesca, con la que inevitablemente encontramos afinidad al saber su ficha extremeña, y que tan diferente es a la eclosión geográfica del pintor manchego, que llega a una pureza brillante y natural, mientras que Ortega llega a una ética plástica casi metafísica. Las dos salas de honor, están bien justificadas, y sirven bien para que todos entendamos un poco las tierras y los hombres que tenemos delante.

También está justificada la aportación de Sunyer, otro gran premio, dedicado éste a la obra de un artista, y al que no acompaña la obra de Vázquez Díaz —inexplicablemente—, con la que tanto se semeja, más que por disposiciones de materia, por seguir un pensamiento parigal, y sobre todo por haber servido de guía y esperanza a otras generaciones. La sala de Sunyer es la sala de un hombre que en su época intuyó y realizó la pintura que se abre ahora segura y plena y que no hubiera sido posible sin contar con estos precursoros, cuyo mayor mérito, descomunal mérito, fué decir a los que les seguían que creyeran en ellos mismos.

La escultura está sólo representada por Clará, aunque muy pronto se inaugurará la sala de Rebull, que con el primero forma en la lista de los grandes premios. Descubrir la obra de Clará sería ocioso. Lo expuesto —una selección de 28 grandes obras— ratifica el nombre y puesto de este escultor, que en el estudio de la figura, singularmente la femenina, más que en el monumento, alcanza expresiones totales y con un sentido escultórico bien limitado a la zona catalana que inició Llímona y a los obligados antecedentes galos por mandato geográfico. La obra de Rebull, tan dispar, será contrapartida de ésta al poner en ella ese gesto primitivo, que tan

intimo secreto presta a las figuraciones del catalán.

Es lástima, profunda lástima, que la arquitectura no haya dado ocasión a las exhibiciones que tienen la escultura y la pintura. Pichardo, el artista cubano, autor del proyecto del Palacio de Bellas Artes de La Habana, es el único gran premio que ha revelado la Bienal, aunque este año aspecto tan decisivo del arte en nuestros días ha de tener en el análisis de la III Bienal mejores consecuencias que con anterioridad.

Adelantemos en el prólogo que esta III Bienal, por extensión, por calidad general y por mayor participación de naciones, ha alcanzado un tono medio superior a las celebradas anteriormente. El repaso lo haremos haciendo recorrido ordenado, que ha de llegar desde la obra del ecuatoriano Guayasamin hasta la participación de la obra abstracta, acaso la más interesante aportación de este certamen.

GRABADOS FRANCESES.— Bajo el patrocinio de la Embajada de Francia, y en la Sala Biosca, se ha inaugurado una Exposición de grabados franceses. Si a la noticia añadimos que la obra expuesta pertenece al siglo XVIII habremos hecho de paso el resumen de la Exposición, ya que todo lector supone, y supone bien, la gracia y la armonía unidas en una deliciosa anécdota casi siempre de travieso tinte amoroso. La palabra de Andrés Laszlo, adaptada por Eugenio Montes, sirve bien al resumen: "Asistimos aquí al proceso de ese siglo XVIII. La época nos rodea. Los testigos, desgraciadamente, limitados en número, pero ejemplares, han acudido a la obra. Watteau, Fragonard, Boucher, Baudouin, Audran, Vidal, de Troy y un ramillete más de firmas egregias deponen en la defensa y en la acusación. Tú, espectador, eres uno de los jueces. Juzga, pues, en justicia. Pero no olvides que a ese delicioso río ya lo hemos guillotinado otra vez." En todo estamos conformes: en sentido y forma, menos con la palabra ramillete, aunque reconocemos que puede ser la más precisa.

M. SANCHEZ-CAMARGO

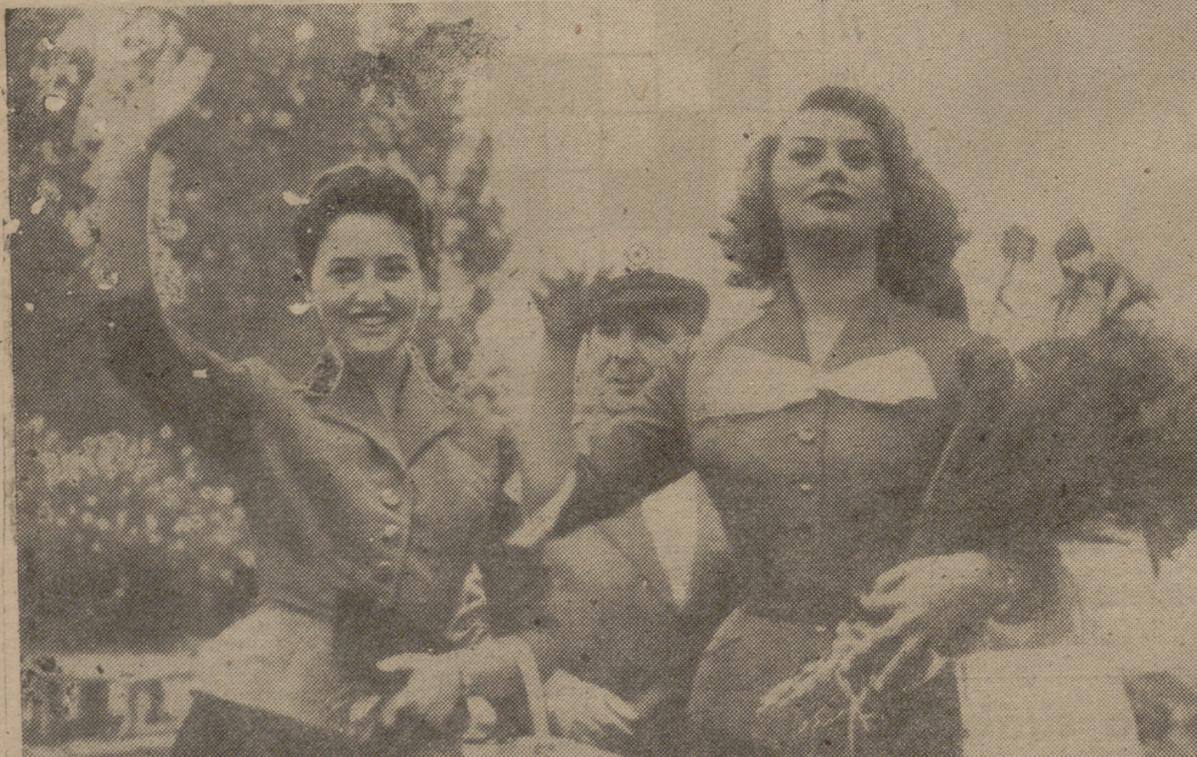


Edificio en Wisconsin, original de Wright, maqueta del Museo de Nueva York, que figura en la III Bienal de Arte Hispanoamericano

MUNDO Ligero



CINE El cine es contraluz. Sobre la pantalla, siempre en blanco, se recortan las sombras negras. Cuando el cine en color llegó, tuvo ventajas, sin duda, en vistosidad, pero perdió algo de esa sugerencia fantasmagórica que nos hace asomarnos a la proyección como a un bello mundo de fantasmas, que se anima tan sólo para nuestro recreo. Y en este contraluz del cine, en este blanco y negro de sombras y luces, la dulce belleza de Paul Edward, la bailarina que ascendió a estrella como en un puro paso de ballet, destaca, y ofrece con su mirada, entre insinuante y picara, toda una promesa que, después, como las de los sueños y la vida, quizá no se cumpla.



CINE Sofia Loren ha irrumpido en el cine como un volcán; no en vano es napolitana. Todas las revistas, todas las pantallas, esperan uno de los más perfectos contornos que el mundo de las sombras animadas ha producido. Sana, joven y con una mirada equívoca, Sofia Loren ha dado al neorealismo del cine italiano una extraña sugerencia, mezcla de juventud y de experiencias insinuadas; de experiencias que, como las mejores, quizá no hayan tenido ninguna. En todo caso, las multitudes se agrupan en torno a Sofia Loren, y los hombres la miran pasar, con esa mirada de cabeza vuelta que constituye la mejor de las admiraciones. Y aquí la vemos, en Venecia, con un ramo de flores campestres entre las manos y su hermana junto a ella. También vemos una especie de almirante al fondo. Pero, todo es inútil, porque lo único que se puede mirar es Sofia Loren. Así lo ha comprendido ese Jellico de ocasión que discretamente se oculta tras las dos bellas. La Loren y su hermana sonríen y saludan. Un saludo que queda estereotipado en esta página a la que seguramente ha de volver usted, lector, para poder disfrutar del aura de las flores, de la belleza y simpatía de las dos hermanas y de la ilusión de que ese saludo vaya especialmente dedicado a usted. Como por el mar dicen que viene la ilusión, es probable que ese súbdito de Neptuno, y perdonémoslo que volvamos a ocuparnos de él, sea el que nos ha traído estas efigies capaces de llenar de alegría el más tétrico rincón del mundo.

"Gracias al invento de las tres dimensiones, el cine, que languidecía en Hollywood, ha vuelto a recuperar su popularidad."

En realidad, nada importa, aunque otra cosa se crea, el invento de las tres dimensiones; lo verdaderamente importante sería el de las tres oscuridades. La oscuridad envuelve al espectador de cine en una noche mágica, donde, como una luna, tiembla, en plata, la pantalla. En la pantalla suceden cosas maravillosas, pero en la luna también. Todos los que miran a la luna saben que su faz cambia, que se puebla de valles fantásticos, y de mujeres pálidas, color de luna. Wilde dijo que era una doncella que danzaba con los pies desnudos. Fué al principio de Salomé, cuando un joven la mira y el otro teme que le encante. La luna encanta, y a los que caen bajo su influjo se les llama lunáticos. La pantalla del cine encanta también, y sus enamorados no se diferencian mucho de los de la luna. El amor de ambos, al final, vive de sombras.

La sombra permite aislarse, creerse solos. Los hombres aman la soledad, porque les brinda la compañía de sus sueños. A nadie traicionó nunca una soledad, pero las mujeres no la aman, porque saben que, en el fondo, no existe traición mayor. En el cine, los hombres sueñan con la sonrisa de Audrey Hepburn o con el... digámoslo, paisaje circular de Sofia Loren. Y las mujeres, a su vez, corresponden al guño de Gregory Peck, o se admiran de que, aún, la cintura de Clark Gable continúe reducida a un perímetro inverosímilmente conveniente. Esto no podría llevarse a cabo a la clara luz del sol. Entre otras razones, porque el sol carece de imaginación.

El espectador de cine, al contrario, es un gran imaginativo. "Fábrica de sueños" le llamó un escritor que no soñó mucho; el demoníaco escritor de "Las calles de Moscú", donde los niños erraban, vagabundos, mordiendo los unos a los otros. ¡Qué gran tema para el cine, este de la infancia perdida! Los niños miran el cine con grandes ojos abiertos; ojos inmóviles, que tintilean con el leve temblor de la máquina. Se arrodillan en su butaca, y, ohíquitos y patéticos, parecen pedir limosna en el quicio de alguna iglesia.

En realidad, todos la pedimos: la pequeña limosna de ilusión que dura la hora y media en que desfilan las imágenes; cuando la oscuridad cae, como un telón tras el que se lleva a cabo la más fabulosa de las representaciones.

En nuestra opinión, no importan demasiado las tres dimensiones del cine. En el cine, como en la vida, lo que realmente importa es la cuarta. Esa dimensión que hace llorar a un hombre porque la Marilyn Monroe, que él quiso sólo para sí, vuelve a ser, otra vez, la Marilyn Monroe de todos los hombres.

(Dibujo de Gofi.)



CINE A Gina Lollobrigida le escriben, diariamente, cientos de cartas. Gina Lollobrigida es la belleza morena, aquella dulce y redonda mujer que un poeta rey comparó con una torre. Ella ha llevado fantasía, sobre todo, a las gentes que ya tenían amor y que quizá tuviesen pan. Ella salta ahora sobre los trapecios del cine y las mallas quitan todo riesgo a esa pirueta que ella convierte en gracia. Y aquí está Gina, sobre una colección de firmas, que la expresan, todas, la misma admiración: "A Gina, la única". No les extraña a ustedes que sus admiradores, numerosos y entusiastas, anden dedicándole sus recuerdos con caligrafía hasta por las paredes. Ya que no pueden subirse por ellas, en ellas depositan su firma tras la que se va, con el último trazo, su corazón. Si para Gina es más incómodo llevarse estos recuerdos de mampostería por el mundo para echarles una mirada nostálgica cuando el tiempo empiece a pasar sobre ella y sobre ellos, tienen la ventaja de que no podrá arrebatárselos un soplo de viento que es, muchas veces, la manera que tiene de actuar el olvido. Esa pared cubierta de autógrafos pléticos de admiración necesita de un huracán para volatilizarse. De un huracán que tuviese la misma fuerza, por lo menos, que los sentimientos que esas firmas simbolizan.

M. P. A.